Psicosociología de la democracia y transición política

César A. Cisneros P.

Cuando nos acercamos hacia el fin del siglo son dos los ejes que estructuran el debate sobre nuestro presente: la integración global en el marco de la reestructuración mundial productiva (*v.gr.* paulatina integración a USA, el camino de la Cuenca del Pacífico, la integración del sistema latino frente a otros mercados regionales) y la sofisticación de las tecnologías del poder que, ya por la vía del ascenso de las tecnoburocracias ilustradas, ya por el establecimiento del discurso de la democracia como recurso de control social, afina el concierto de la injusticia.

Resulta sencillo identificar que, por la vía de dichos ejes, reaparece en esta década el binomio economía-política heredado del liberalismo clásico. Si nos centramos en el segundo término del binomio se observa que toda crítica de la estructura de poder conduce a la reflexión sobre la apertura de un sistema de partidos, a la amplia discusión sobre la privatización absoluta de los sistemas de comunicación social y difusión cultural y al debate acerca del fortalecimiento de las autonomías del poder ciudadano. En este contexto, los procesos de rebeldía civil en Europa del Este (al igual que la llamada era Gorbachev) se le han antojado a los poderes organizados de la nación un elíxir que habrá, por la emulación evocadora, de impregnar nuestras formas de descontento social a fin de regular posibles explosiones violentas que transformen los horizontes del presente.

La democracia —y con ella los procesos de ciudadanía y poder que le son propios— presupone, como uno de sus atributos, el

aprendizaje social de la incertidumbre. Después del fin de la segunda posguerra se generó una cultura del vacío que construye, desde el desencanto, un rechazo absoluto de cualquier utopía centrada en filosofías de progreso; las incertidumbres de los procesos democráticos se han trocado en voces absolutas de dominios dictatoriales. Pese a ello, nuestro apocalipsis no se vislumbra hoy como el mantenimiento de las dictaduras —lo cual ya se mostró durante la década pasada en América Latina—, sino desde la sofisticación de un discurso neoliberal que hace de la democracia su concepto clave. Aunque ficticio y presa de una multiplicidad de significados, dicho concepto tiene, como elemento más potente, la negación de su carácter popular.

Una de las tareas de las ciencias sociales es hoy, precisamente, la de mostrar el funcionamiento práctico de la sofisticación en las tecnologías del poder: en esa dirección se reconoce que todo estudio sobre el proyecto político del neoliberalismo contribuye a cumplir dicha exigencia contemporánea.

Sin pretender superar todos los obstáculos que dicho estudio impone, lo que sigue pretende ser una modesta reflexión sobre este tópico. En primer lugar, trataremos de establecer los vínculos teóricos existentes entre las memorias colectivas y la cultura política, para así indagar su capacidad explicativa frente al proceso civilizatorio que sustenta a la democracia como forma de vida. Con esos instrumentos analíticos se pretende seguidamente, mostrar la importancia que la vida cotidiana tiene para una psicosociología de la democracia cuyo objetivo sea describir las modalidades de definición del acto ciudadano que propone la estrategia neoliberal. En tercer lugar, y después de identificar la opción tecnócrata por la cual ha optado el Estado mexicano, se proyectan escenarios de transición política a partir de la ciudadanía misma. Continuando esta línea de argumentación se formula una crítica a la instrumentación de estrategias recientemente inauguradas en el panorama nacional para dirigir procesos de civilidad. Por último, se conjugan todos estos conceptos y un breve análisis histórico con el fin de mostrar cómo la conformación misma del Estado mexicano da cuenta de la coherencia de las socialidades presentes en su interior.

Psicología social y civilidad

La democracia es un *proceso civilizatorio* de amplios ecos y

resonancias en lo más recóndito de las vidas privadas y en lo más escandaloso de las pasiones públicas. Como proceso civilizatorio,[1] configura interdependencias y acciones recíprocas entre individuos, colectivos e instituciones que, a su vez, condensan la estructura afectiva de lo social.

Si todo proceso civilizatorio genera identidades y alteridades, en ello se reconoce la emergencia del conflicto. Por esta razón se debe reconocer a la psicología social como una disciplina histórica que estudia la larga duración[2] de los procesos constitutivos de las subjetividades sociales, procesos que los actores traducen en luchas y acciones políticas. Como ejemplo de ello: de la vía pacífica al socialismo ensayada por Chile en los años setenta y después destruida por actores multicitados, a ese regreso a la "democracia" impuesto a Panamá y Nicaragua por la misma administración del "destino manifiesto", hay, a no dudarlo, una profunda experiencia histórica que toca sensiblemente la esperanza de soberanía sobre la cual se edifica cualquier táctica de relación internacional. Es privativo de la psicología social, por el contrario, la formulación de estrategias de investigación sobre esas fuentes subjetivas del consenso y la legitimidad que permiten la aceptación de tales órdenes de opresión.

En nuestra América han sido comunes los sistemas autoritarios de poder, los sistemas políticos de partido único, los consensos forzados y la estabilidad de sistemas sociales pese a la inexistencia de integración social.[3] Por ello, toda psicosociología de la democracia, antes que repetir los estudios clásicos[4] sobre comportamiento político, orientaciones hacia el sistema de partidos, preferencias y sistemas electorales, debe orientarse hacia el descubrimiento de *las corrientes de pensamiento colectivo* que desde el puro sentido común,[5] han permitido el dominio de los poderosos. Dichas corrientes de pensamiento hacen a nuestra cultura política. La cultura política es el conjunto de memorias colectivas[6] sedimentadas que prefiguran, en los imaginarios y con las prácticas, los aconteceres de la vida cívica. Sólo así se puede afirmar que los proyectos del

[1] Elías, N., *El proceso de la civilización*, FCE, México, 1987.

[2] Braudel, F., *La historia y las ciencias sociales*, Alianza Ed., Madrid, 1980.

[3] Habermas, J., *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Amorrortu, Buenos Aires, 1975.

[4] Dowse, R., Hughes, J., *Sociología política*, Alianza Ed., Madrid, 1975.

[5] Schwartz, H., Jacobs, J., *Sociología cualitativa*, Trillas, México, 1984.

[6] Cisneros, C., "Memorias colectivas y democracia política", *Topodrilo* 6, UAM-I, México, 1989.

Estado y los sistemas políticos mismos se sostienen desde la fortaleza, ritmo e historia de la cultura política hecha fuerza viva de la sociedad.

Las culturas políticas locales, regionales o nacionales crean en espacios varios del continente la diversidad de luchas por la democratización. Toda cultura —y con ella, por ella y mediante ella, los procesos de subjetivización que hacen en la práctica a los actores y movimientos políticos— se enfrenta, en el conflicto, a la eficacia de los símbolos políticos. El proceso civilizatorio de la democracia no ha propiciado la integración social en una textura de culturas políticas participativas y plurales. Por ello, la sofisticación de las tecnologías del poder "modernizan" su eficacia a partir de nuevas estrategias de negociación. La novedad de dichas estrategias es que depositan en los individuos aislados el compromiso de "pactos sociales", "acuerdos nacionales" y "pactos institucionales". Dichas estrategias formulan reglas de interacción social que desarticulan cualquier posibilidad de ascenso para identidades sociales alternativas. Es por ello que, en tales condiciones el conflicto social se entiende como la lucha entre códigos interpretativos,[7] ya que la democracia exige la *institucionalización* del conflicto mismo al reconocer la pluralidad de sujetos políticos existente en un orden no sólo poseedor de estabilidad, sino productor de la propia diversidad.

Entre la *incertidumbre* y la *tolerancia*, como procesos de aprendizaje social, existen diversos atributos que los procesos de subjetivización exigen al desarrollo de la democracia. El diálogo abierto con la otredad y el destierro del fundamentalismo político son estructuras en interdependencia recíproca que ponen al descubierto el desenlace del proceso civilizatorio mismo. Incertidumbre y tolerancia, entonces, son espacios abiertos de relación social cuyo contenido es brindado por la historia de la subjetividad acumulada como recurso de convivencia, ya que, desde los presupuestos e implícitos de cualquier conversación informal, por decir algo, se atisban formas y ritos de interacción social que proyectan su perfil hacia el comportamiento de los sistemas políticos. Hay un claro parentesco entre la cotidianidad común y corriente del clientelismo en los ámbitos del vecindario y la calle, y la institucionalización del patrimonialismo y el corporativismo en los sistemas de control

[7] Lechner, N., *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, Siglo XXI, Madrid, 1986.

gubernamental. Quiere esto decir que la cultura política se expresa en todos los ámbitos de la experiencia cotidiana de la ciudadanía y las masas; es allí donde se han hecho públicos el dominio y eficacia de los símbolos del poder.

Por todo ello, la imposibilidad de una construcción duradera de procesos civilizatorios democráticos en América Latina no sólo debe ser vista como una consecuencia de la violencia de la invasión y conquista que nos integró, finalmente, a los últimos cien años de la historia de Occidente. La psicosociología de la democracia tiene que avanzar en el *estudio genético de las distintas formas de identidades sociales* presentes en los proyectos de nación de nuestra historia reciente.

Modernización y neocorporativismo

Mediante la organización de la demanda el compromiso keynesiano sentó las bases, para la historia del Occidente contemporáneo, de las estructuras políticas corporativas. Tal compromiso presentó un modelo de prosperidad donde resultaba necesario, para la génesis del consenso social, el concurso de los factores de la producción. En ese modelo[8] la intervención estatal se daba en los siguientes puntos: en la *habilitación formal*, al mantener las condiciones generales externas de producción capitalista (sistema monetario, sistemas legal y administrativo racionales); en la *habilitación sustancial*, al reproducir, dentro del capitalismo, las condiciones generales de producción, sea bajo las formas de exacción del plusvalor, sea bajo el abastecimiento de condiciones como infraestructura, aprovisionamiento energético y transporte; en el *apoyo formal* a los marcos legales de la acumulación de capital (política de competencia, legislación de compañías, permisos de inversión); en el *apoyo sustancial*, al asignar a los agentes económicos condiciones particulares de producción, ya sea a través del sistema legal (licencias y monopolios) o a través del apoyo pecuniario (crédito estatal, patrocinio directo); y, finalmente, en la *dirección*, al limitar no sólo las fuerzas mercantiles sino también la autonomía formal de los propios agentes económicos.

Junto a estas formas de intervención estatal y con las propias

[8] Jessop, B., "El gobierno de lo ingobernable: de acuerdo en la crisis", *Revista Mexicana de Sociología* 3, UNAM, México, 1982.

estructuras corporativas, aparece un conjunto de prácticas que, asociadas a los problemas de representación, sientan las bases de los mecanismos de participación política, de toma de decisiones, de principios de legitimación y de compatibilidad institucional. Por consiguiente, lo que se nos aparece ahora como forma de Estado (llámesele social de derecho, benefactor, intervencionista, etc.) no hace sino el papel de generador y administrador de los espacios públicos de participación.

La llamada "democratización del capital" sintetiza hoy en día —desde la Thatcher hasta Salinas de Gortari— una propuesta de reorganización del mercado que privatiza toda experiencia con el fin de atomizar las estrategias de descontento: Collor de Mello en Brasil, Cristiani en El Salvador, la Vda. de Chamorro en Nicaragua, Menem en Argentina, Endara en Panamá, por citar sólo a algunos, son otras personificaciones de esta propuesta. De hecho, las estrategias neoliberales que centran su discurso en la democracia son, hoy por hoy, el pan de cada día de cualquier ciudadano. Los códigos que interpretan la democracia como la modernidad del fin de siglo llegan hasta las raíces del atraso —como alguna vez se conceptualizó al indio y al campesino. La exigencia de modernidad es el aire de un tiempo por todos respirado.

En el caso de México, las políticas modernizadoras del presente régimen sólo anuncian el resquebrajamiento de los fundamentos tradicionales del pacto corporativo. Ello no es nuevo en la historia del país. De hecho, el mismo Lázaro Cárdenas, a fines de los años treinta, reajustó la estructura corporativa del partido. Hoy sólo presenciamos una forma no habitual de definir a los actores políticos con capacidad legítima de negociación. Pero el resquebrajamiento de las tradiciones, el reajuste y la emergencia de formas inhabituales de una práctica, no significan la muerte o el fin de su estructura natural. La pregunta es, siguiendo la línea de argumentación sobre el desmantelamiento o reestructuración del Estado social:[9] ¿la modernización aniquila de tajo al corporativismo, o sólo lo llena de una nueva vida?

Aquí nos inclinamos por afirmar que la creciente presencia del neocorporativismo ha tomado múltiples formas que, inclusive, rebasan los estrechos límites de las estructuras sindicales. El neocorporativismo está generando, desde las bases ciudadanas y ya

[9] Alvater, E., "El nada discreto encanto de la contrarrevolución neoliberal", *Revista Mexicana de Sociología* 3, UNAM, México, 1982.

no desde las clases, escenarios y estilos de comportamiento político sustentados en bases consensuales mucho más sofisticadas que las habituales de lealtades nacionales e ideologías de partido. Por ello resulta más pertinente interrogarse sobre la similitud entre la expresión del corporativismo obrero y campesino en el plano nacional y en las ramas de la producción. Esta pregunta es más pertinente que aquella otra de si hay inserción, en este reacomodo corporativo, de todas aquellas fuerzas que forman el espectro de la oposición en el plano sindical o social. Porque, ya sea discursiva o prácticamente, las formas de identidad presentes en el movimiento obrero han ido reestableciendo paulatinamente sus políticas de alianza y confrontación. Sin embargo, la reestructuración del Estado social, con todo y su tecnologización de los procesos de control, no afecta directamente ni a la independencia ni al desarrollo de la clase obrera rebelde. Aunque el reto para tal rebeldía se presenta, por otra parte, a partir de los efectos que la inexistencia de culturas políticas participativas y plurales han tenido en los proyectos de Estado y en el sistema político: sistema electoral fraudulento, desmovilización política, patrimonialismo y relaciones clientelares tradicionales, inexistencia de pluralidad y competitividad en el sistema de partidos, autoritarismo del Ejecutivo frente a los otros poderes, aniquilamiento de la vida civil, desigualdad social e inseguridad pública.

Para una psicosociología de la democracia, problemas como éstos y los concernientes a la transformación de los procesos productivos, a la flexibilización del Estado, a las crisis estructurales y a la deuda externa, por mencionar algunos, son sólo el contexto de una construcción *simbólico-social de la realidad*[10] que se convierte en el objeto primordial de investigación por ser el proceso generador de las memorias colectivas que sedimentadas, conforman la cultura política.

Si la democracia se nos presenta ahora como *la* realización de la tecnoburocracia poseedora del discurso neoliberal, hay que reconocer cuál es su proyecto de sociedad, y cuál su proyecto de ciudadano. Como proyecto social dicho discurso pretende neutralizar la desigualdad por la vía del mercado. Teóricamente, y desde su perspectiva, la espontaneidad del mercado autorregula el desarrollo: si todos tienen la oportunidad de competir en igualdad de

[10] Berger, P., Luckmann, T., *La construcción social de la realidad*, Amorrortu, Buenos Aires, 1972.

condiciones —incluso el Estado, cada vez más reducido en su papel rector[11]— el orden social no estará sujeto a intervenciones políticas de efectos desestabilizadores. En esa misma medida, la ciudadanía deja de ser un hecho político para volverse un hecho técnico. Por ello, el poder neoliberal pretende educar y normar a sus ciudadanos mediante lo que hemos llamado[12] "reconversión técnica del proceso ciudadano", que expresa una pretensión reorganizativa del Estado tecnológico-tecnocrático en cuanto a significados, valores, normas, aprendizajes y escenarios vinculados a las prácticas políticas, cuyas únicas lealtades posibles son las que se originan desde una privacía individual absoluta. Es decir, su discurso sobre la democracia se impone a la sociedad como un objeto prefabricado y necesario a una cultura política también prefabricada.

En conclusión, el dilema de hoy puede ser formulado a partir del conflicto entre: a) un proyecto modernizador que pretende generar una cultura política plural y diversa por el camino del autoritarismo y la regulación social, es decir, un proyecto que quiere crear una democracia sólo *discursiva* mediante el mantenimiento de las reglas propias del juego; y b) un proyecto popular que genere, desde las bases mismas del sentido común y la cotidianidad inmediata, una cultura de la democratización participativa que abra el desarrollo de nuestra socialidad hacia otras experiencias. En este dilema, la vía del discurso neoliberal, exquisitez de la cultura postindustrial, hace de la democracia no ya la utopía de los movimientos de masas como autorrealización por la toma del poder, sino una realidad técnicamente diseñada por los conductores de las esferas gubernamentales.

¿Demolición del sistema político mexicano?

En el proceso de caracterización del sistema político mexicano podemos agregar, a los rasgos derivados del neocorporativismo, los de Estado social autoritario.[13] En términos generales se habla de que dicho sistema ingresó desde 1982 en una lógica de transición y

[11] Crozier, M., *Estado modesto, Estado moderno*, FCE, México, 1989.

[12] Cisneros, C., "De la socialización política a los movimientos sociales", *Fundamentos y crónicas de psicología social mexicana* 3, SOMEPSO, México, 1989.

[13] De la Garza, E., *Ascenso y crisis del Estado social autoritario*, COLMEX, México, 1988.

recomposición que, simultáneamente, presenta las siguientes características: un fuerte rechazo a cualquier forma de populismo y un aliento al concurso regulado de los partidos políticos; un mantenimiento de la fuerte figura presidencial y una descomposición del intervencionismo estatal en la economía; un rechazo por las formas clientelistas y tradicionales de hacer política y un mantenimiento de los procedimientos electorales fraudulentos.

Se puede afirmar que, por sus pretensiones reorganizadoras en todos los planos (aparato productivo, estructura política y vida social), el Estado mexicano está optando, en el desenlace de la crisis, por la solución tecnócrata. De hecho, la opción tecnológico-tecnócrata del Estado conduce a un desplazamiento no solamente de los políticos tradicionales, sino también de todos los valores asociados a sus prácticas. Por ese particular, dicha opción, al individualizar la esfera política, regirá su ejercicio público y sus acciones mediante principios técnicos tales como los del pragmatismo, el realismo, la eficiencia, la productividad y la competitividad.

Pese a cualquier reticencia teórica, el perfil mexicano se plantea, en la emergencia y ascenso del Estado tecnológico-tecnócrata, el nacimiento de formas de legitimación que transcurren, preferentemente, en los planos normativos de la vida ciudadana. Por consiguiente, no es el 6 de julio el que ha transformado radicalmente el sistema político; esta fecha solamente expresa —por la vía del comportamiento electoral— el gran rencor social acumulado durante décadas en las más profundas estructuras de todas las cotidianidades ciudadanas. Estas, sin embargo, no son homogéneas, puesto que todavía permanecen fuertes elementos de cultura política dominante —llámesele priísta o no— en grandes sectores de la población; esto demuestra, ya sea la existencia de *subjetividades sociales* sólidamente construidas desde un discurso nacionalista-popular, ya la eficiencia de una programación industrial de contenidos de pensamiento social por la vía de la eficacia de los símbolos en la propaganda política.

Las fuentes de legitimidad de este sistema, lamentablemente, no se han agotado. Pese a lo indefinido de la transición, se observa con gran pesimismo que el avance democrático no ha tocado por igual a la totalidad de las estructuras sociopolíticas. Los casos más relevantes son, hoy, la supuesta modernización del PRI, alcanzada en su XIV Asamblea Nacional, y el aprobado nuevo Código Federal de Instituciones y Procedimientos Electorales (CFIPE). Lo necesario sigue igual, pendiente de facturación.

Por ello, resulta pertinente igualar las aventuras de Vasconcelos en 1929 y Henríquez Guzmán en los años cincuenta, a la encabezada por Cuauhtémoc Cárdenas. Como grandes movimientos, versiones del *civilismo* mexicano con tiempos políticos diferentes, han tenido la virtud de descubrir formas creativas de participación civil poniendo en el orden del día la exigente producción de procesos que mantengan activos los mecanismos de participación. Sin embargo, después del 6 de julio de 1988 se vislumbraba el inminente rompimiento del sistema del partido hegemónico pragmático; pero eso, al paso de dos años, no ha sucedido. Después de ese día, igualmente, se avizoraba la construcción de un sistema de partidos aunque se reconocieran diversas incertidumbres al respecto.[14] En cuanto a la definición de un perfil para el futuro, después del 6 de julio se imaginó, con ilusión, una perfecta modernización del sistema político en materia electoral. ¿Encontramos esto en el CFIPE? Sin duda, la transición será larga. El rencor ciudadano acumulado y las fuentes de legitimidad condensadas desde la posrevolución nos mostrarán si la transformación del sistema, anunciada como realidad, no fue sólo una sensible enunciación de discurso tecnológico para prevenir cualquier exceso en las demandas de la sociedad civil. Si el debate acerca del carácter neoliberal del equipo gobernante toma las vías de mostrar cómo las modificaciones propuestas no sólo tienen que ver con la oferta a nivel económico (reducción del gasto público, reprivatización de la economía, libre mercado, etc.) sino también con la oferta política (participación, competencia, recursos asegurados, etc.), entonces nos encontraríamos en un horizonte desde el cual plantear que la supuesta "caída del sistema" sólo fue una metáfora con la cual, desde el propio lenguaje, se ponía al descubierto la permanencia de las estructuras del poder. Porque sobre el porvenir se dibujan por lo menos cuatro posibles escenarios que tocan sensiblemente a dicho sistema a partir de identificar el comportamiento ciudadano como variable fundamental del análisis prospectivo: 1) el del cambio "democrático" desde el mantenimiento del autoritarismo presidencialista, donde lo básico radica en construir formas de autoridad para un Ejecutivo sin partido de Estado y que, en cambio, no destruyan el desequilibrio de poderes tan necesario para el mantenimiento del régimen; 2) el de la "democratización" desde la

[14] Valdés, L., "Tres tipologías de los setenta: el sistema de partidos en México, sus cambios recientes", *Sociológica* 11, UAM-A, México, 1989.

modernidad, que como reto al PRI fue formulado en el seno de su XIV Asamblea por los militantes del reformismo planificador en el sentido de transformar dicho Instituto en un partido de la ciudadanía que construya la nueva cultura política necesaria a la modernidad institucional proyectada; 3) el del cambio desde la oposición realmente inexistente, en el que tendríamos que reconocer la importancia de la Revolución de Terciopelo en Europa del Este, como una muestra de profundas transformaciones en el modo de operar de la política. Ello conduce a afirmar que, para la necesaria modificación estructural de nuestra situación, no es suficiente que la oposición partidaria logre el establecimiento de reformas jurídicas (tales como las alcanzadas en el CFIPE) que posibiliten la probable emergencia de un sistema plural y competitivo de partidos, si a ello no se le suma la imprescindible presencia de la actividad ciudadana en todos los planos. Aquí, el reto de la oposición sigue siendo cómo organizar la revolución sin aniquilarla, es decir, cómo dirigir la transición política para que durante ella se trastoquen los lazos más sensibles de la dominación; 4) el del escenario de la rebeldía ciudadana sin partido, donde las múltiples formas de su quehacer cotidiano están perfilando modificaciones en los mecanismos de la socialización política[15] en cuanto a significados, símbolos, valores y prácticas políticas, así como en la generación de espacios de gestión sin mediación institucional oficial y en la formación de predisposiciones normativo-sociales que orientan la participación.

Si nos concentramos sobre este último escenario afirmamos que la socialidad política de ciudadanías colectivas alternativas desestabilizan los procesos reproductivos de la integración social, necesaria al dominio, al poner en evidencia, desde el más puro sentido común, el carácter coercitivo de las instituciones del Estado. Es por ello que la rebeldía puede transitar, desde la construcción heterogénea de ciudadanías altamente participativas en la transformación de culturas políticas que restringen la politización de lo social mediante la administración pública del descontento e inconformidad sociales, hasta las formas varias de violencia revolucionaria de grupos o de masas. A fin de cuentas, las cotidianidades subversivas son sólo muestra del desenvolvimiento particular de las memorias colectivas, hechas fuerzas vivas en un territorio dado, que en el conflicto político construyen la posibilidad de la democracia presente.

[15] Seoane, J., *Psicología política*, Pirámide Eds., Madrid, 1988.

Movimientos sociales y nuevas expresiones políticas

La complejización de la vida social ha puesto hoy sobre el tapete de las discusiones, por la impresionante importancia del discurso y los códigos interpretativos, la tendencia creciente hacia la desaparición de las fronteras de clase. Sin embargo, la diferenciación social continúa siendo un parámetro, y es desde ese reconocimiento como se puede afirmar que las clases medias son, por principio, una mayoría silenciosa que soporta sobre sus hombros al Leviatán moderno. Tanto por su papel fiscal y su participación en el mercado a través del consumo, como por su lugar en la génesis del consenso sin límites, ellas tienen un papel central en la integración social (como momento subjetivo de la reproducción social). La nueva derecha[16] no ha desperdiciado la tentación de considerar a esta clase media como la protagonista principal de los nuevos movimientos sociales, aunque, sin embargo, debe reconocer, como uno de los rasgos sobresalientes de estos nuevos hacedores de política, que no actúan en tanto clase sino en nombre de colectivos atribuidos. A pesar de ello, y quizá por la permanencia analítica de dicho parámetro, las clases medias siguen siendo objeto de atención.

De los nuevos movimientos sociales se puede afirmar que, desde una transformación de la dicotomía público-privado, definen en términos diferentes tanto a los actores como a sus formas de actuación: frente a las clases y grupos socioeconómicos se actúa en nombre, no de lo anónimo, sino de colectivos. Frente a organizaciones formales con intermediación partidista o corporativista se actúa con informalidad y espontaneidad a través de protestas y exigencias inmediatas. Y, en efecto, los contenidos de dichas exigencias poseen un espectro abundantísimo: derechos humanos, paz, calidad de vida, ecología, minorías con sus demandas, etc.

En México ha aparecido, recientemente, una vertiente institucional de apelación civil a dichos movimientos. Por la trayectoria del reformismo planificador en el interior del CEN del PRI se acuñó, ahí, el término "nuevas expresiones políticas", para atender, desde la modernidad, a dicho fenómeno.

Desde tiempo atrás habíamos reconocido que se podía hablar de nuevos movimientos en el país para referirnos a estrategias de acción que, poniendo en cuestión el esquema del sujeto único, se

[16] Jiménez, E., "La ofensiva de la derecha latinoamericana", *Revista Mexicana de Sociología* 3, UNAM, México, 1982.

articulaban alrededor de intereses colectivos, tales como los de minorías sexuales, vecinos y colonos, ciudadanías creativas, etc. De este nuevo tipo de movimientos habíamos dicho que ponían al descubierto formas no verticales de organización y dirección cuyo rechazo a todo concepto instrumentalista de política los colocaba al margen de cualquier acción partidaria. En resumen, consideramos que estos movimientos, desde la oscuridad de la noche (como el viejo topo hegeliano) se mantienen en la periferia del control político y, en todo caso, expresan la vena más rebelde a cualquier planteamiento clientelista de todo sello.

Los nuevos movimientos sociales provienen de una matriz sociocultural normativa y no son políticos; por eso los llamamos nuevos, pues trastocan los modelos de participación heredados de la modernidad de la Ilustración. Desde estos movimientos no se visualiza el nacimiento de alguna forma de reclutamiento político que pueda influir en transformaciones previsibles, por la vía institucional, del sistema político del país. Ellos permanecerán como el espacio autónomo de participación de la *civilidad cotidiana* en busca de identidades restringidas. En este contexto, ciertamente, nuestras clases medias continuarán siendo el baluarte de un pensamiento conservador que, al radicalizar algunas de sus pretensiones mediante el contacto con la infelicidad y los rencores sociales, se acercan al dilema del socialismo o la barbarie, traducido en México a democracia o conformidad institucional. Es por todo ello que llamamos la atención sobre la vocación instrumentalizadora que sostiene la política modernizadora, tanto de la Comisión Especial del CEN del PRI como de la CNOP (recientemente transformada, después de su XI Asamblea Nacional, en UNE Ciudadanos en Movimiento), para subsumir en sus aparatos partidarios y neocorporativos los procesos de rebeldía ciudadana presentes en los nuevos movimientos sociales. Con las herramientas del lenguaje el mismo reformismo planificador ya ha desvalorizado el concepto social de solidaridad. ¿Acaso no pretenden institucionalizar a colectivos rebeldes en proceso de constitución cuando los subsumen en sus programas de Nuevas Expresiones Políticas? ¿No equivocan el camino al creer en la posible creación de un Partido Ecologista que no sólo aglutine al Grupo de los Cien? ¿No oscurecen su visión al suponer que, entre las minorías sexuales oprimidas, habrán de surgir los elementos más radicales para dirigir la revuelta contra los sistemas educativo y de salud?

De nueva cuenta, es prudente afirmar, frente a la transición

democrática, que todo conflicto político territorializa la expresión real del proceso constitutivo de los actores y sujetos de la acción efectiva. El problema no es si se pertenece a movimientos sociales o a expresiones políticas novedosas; la realidad y el discurso son otros, definitivamente, para cada cual. Si los escenarios son de transición, ellos significan, ciertamente, periodo de recomposición y desestabilización.

Clase política y Estado tecnológico-tecnocrático

Desde la perspectiva de Krauze,[17] en el México contemporáneo se siguen debatiendo dos grandes proyectos: el maderista, compuesto por la ambición constructora de órdenes políticos más justos en lo social y más participativos en la representación, y el porfirista, preferentemente preocupado por el crecimiento económico y el desarrollo industrial. Con algunas variantes podemos reconocer que, en los años ochenta, la disputa por la nación entre los proyectos neoliberal y nacionalista de desarrollo se significó por el debate amplio entre democracia o desarrollo. En este contexto es posible afirmar que, en su conformación, el Estado mexicano presentó, desde el periodo posrevolucionario, la convivencia de dichos proyectos (maderista y porfirista) en las políticas públicas. La revuelta de la huertista y el combate Calles-Cárdenas, por ejemplo, pueden ser conceptualizados desde esta óptica.

Si pensamos en la figura de Morones, con todo el impacto que ello produce al recordar a los Batallones Rojos luchando contra las tropas zapatistas, y si la comparáramos con la persona de Lombardo Toledano y su contribución a la formación de la CROM depurada (que a la postre dará origen a la CTM), podemos extraer rasgos generales en el quehacer político nacional. En efecto, la política *tradicional* y la política *científica* se prefiguraron desde ahí como formas de acción: baste recordar que cuando Lombardo era gobernador interino de Puebla se le reconocía como el primer político culto en México.

Acompañados aquí de la historia es conveniente, en consecuencia, analizar el conflicto entre políticos y técnicos (en tanto proceso de socialidad) desde la perspectiva de la formación de los intelectuales en el México moderno. De hecho, la discusión sobre la

[17] Krauze, E., *Por una democracia sin adjetivos*, Joaquín Mortiz, México, 1986.

técnica tiene a su representante conspicuo en uno de los miembros destacados de la llamada Generación del 15.[18] Sin la figura de Manuel Gómez Morín es imposible pensar la relación entre poder y técnica; y, por esa ruta, de José Vasconcelos a Miguel González Avelar y de Carlos Hank González a Pedro Aspe Armella, hay un amplio espectro que enriquece la problemática. Con ello estamos afirmando que en la clase política mexicana la diferenciación interna entre políticos y técnicos no es mero resultado ni del avance científico ni del ascenso de las ideologías neoliberales, sino que sintetiza, por el contrario, largos procesos de la historia intelectual.

Siempre hay visiones ortegianas en todo estudio generacional. Pensemos que en el estudio de las camarillas políticas de los dos últimos sexenios se ha vuelto a poner de "moda" la idea social del "compañero de banca", surgida durante el alemanismo. La formación de los intelectuales mexicanos está matizada, o por el encanto autocomplaciente de entrega apasionada a los sabores del poder, o por la potente rebeldía al contacto pernicioso con algún espacio demonológico de la política. Pensemos, por ejemplo, en las largas distancias existentes entre José Vasconcelos y Jorge Cuesta, o entre Vicente Lombardo Toledano y Octavio Paz, o entre Jesús Reyes Heroles y Carlos Pereyra. Sin embargo, los intelectuales también expresan su predilección por proyectos de nación. Aquí, también, democracia y desarrollo suelen ser las antípodas de una decisión. De ahí que al concentrarnos en la llamada por Tannenbaum "familia revolucionaria" y por Aguilar Camín "nueva clase política", valga la pena reconocer la presencia de esa toma de decisión. De hecho, al desprenderse del PRI, la Corriente Democrática dio cuenta de una elección frente a las antípodas.

Evidentemente, el ascenso al poder del equipo portador del proyecto neoliberal implica un doble desplazamiento: primero, de los bloques políticos representantes del proyecto democratizador, y segundo, de la multiplicidad de grupos reconocidos tradicionalmente como políticos del pasado. Tanto en la conformación del gabinete salinista como en la construcción de la modernidad priísta ha resultado a todas luces visible el conflicto entre técnicos y políticos. El acelerado ascenso al poder de los técnicos es percibido ya como la perspectiva sabia para subir. Como consecuencia, la política nacional no se decide hoy por lo que la Generación del 15 llamaba "barbarie de las armas". Igualmente, este desarrollo del

[18] Gómez Morín, M., *1915 y otros ensayos*, Ed. Jus, México, 1973.

saber especializado lleva, permanente y paulatinamente, al desplazamiento de los cacicazgos políticos de orden tradicional y premoderno; de ahí la parafernalia en el lenguaje modernizador del grupo gobernante. Por ello, la verdadera naturaleza del debate entre políticos y tecnócratas se presenta en tres espacios:[19] a) los esquemas de mentalidades que determinan normas y valores en el poder; b) la gestión gubernamental misma como consecuencia de las prácticas políticas; c) las concepciones sobre los escenarios políticos y sus normas.

Al mantener la tesis del Estado tecnológico-tecnocrático se ilumina el hecho de que todo proceso político (de negociación y reconciliación de intereses, de planeación y consulta, etc.) se va convirtiendo en asunto de análisis técnico. Por supuesto, ello no ocurre sin las más diversas reacciones de resistencia en los equipos locales o estatales de poder que, al ver afectados sus cotos o zonas de control, resienten las estrategias del cambio.

Sin duda, la intervención de la generación de los *tecnoburócratas ilustrados* en las políticas públicas del régimen ha generado un nuevo lenguaje en la conciencia nacional que, como código hegemónico, define al presente: pacto para la modernidad. Lenguaje que por su sola enunciación establece lo propio y lo ajeno, lo permitido y lo sancionado en un ámbito de interdependencias cada vez más tendiente a reducir la experiencia social al mero concurso de privacías ambulantes repelentes entre sí.

Conclusiones

Las rebeldías civiles han tomado ya la palabra. Con el código publicitario "Que México hable", se trató de aniquilar la subterránea crítica que ellas son capaces de generar, y ahora, por medio de su institucionalización, cobran nueva vida en el transcurrir de un proceso neocorporativo cada vez más sutil y duradero.

El proyecto político del neoliberalismo se nos presenta, enseguida, como aquel que genera no sólo el desmantelamiento del Estado social, sino también la destrucción de formas de socialidad cuyos extremos van desde la conversación informal y casual hasta las solidaridades de orden ético. El modelo de ciudadanía formulado

[19] Suárez, F., "Normas y prácticas del liderazgo político en México", *Normas y prácticas morales y cívicas en la vida cotidiana*, CIIH-UNAM, M.A. Porrúa, México, 1990.

por tal estrategia está apolitizado precisamente por su proceso de socialización: su construcción personalizada desdobla la pareja público-privado a favor del segundo. Dichas ciudadanías son participativas por la razón de que están atomizadas en su ambiente cerrado.

Los procesos de civilidad son preferentemente afectivos, sea que se expresen espontánea, formal o institucionalmente. Pero nunca pueden ser planeados ni por un Estado ni por un partido político. En el caso de la configuración civil de la democracia, si ella ha de tener un centro, éste ha de ser definido públicamente como el formado por la *multiplicidad de subjetividades en acción política*, sobre todo cuando algunas de ellas corresponden a la creatividad subterránea de cotidianidades rebeldes de múltiples colectivos, cotidianidades que van ganando terreno mediante la expropiación de espacios simbólicos o por su participación con los detentadores del control civil. Así, la pluralidad de actores políticos que actúan desde la cotidianidad discontinua y profunda que los construye subjetivamente por la potencialidad de los trozos de historia que sintetizan, ha de transformar paulatinamente el orden impuesto por el discurso de la democracia como necesidad técnica de planificación. Porque la cotidianidad se presenta, en la superficie, como una continuidad permanente y fetichizada con una apariencia lisa. Sin embargo, en lo profundo, es discontinua, multiforme y activa con movimientos explosivos de trayectorias diversas. Cada ciudadano, en sí mismo, está compuesto de trozos diversos de historia. Oficiales o rebeldes, éstos lo proyectan como un actor vivo en los escenarios de la lucha política. Así, memorias colectivas y cotidianidad forman el núcleo analítico fundamental del proceso civilizatorio de la democracia. Y la moneda está aún en el aire: o permanecen con nosotros en la calle y en la oscuridad o no las arrebatan para que, a la vuelta, después del diseño técnico, las tengamos como memorias artificiales y cotidianidades prefabricadas necesarias al nuevo orden social.